Crónicas Rurales

PUNTO ROJO
libros

Crónicas Rurales
Pedro Monjas González

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16611-83-6

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2015 Pedro Monjas González
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Pedro Monjas González

Crónicas Rurales

Dedicatoria

Crónicas Rurales

Hay pueblos muy interesantes cuando se conocen, pero también hay otros pueblos tan singulares que empiezan a parecerlo mucho antes de llegar. Hay aldeas que por cualquier camino que se visiten siempre resultan atractivas y misteriosas. Eso ocurre con el pueblo de Torres Altas. Tiene ese nombre, Torres Altas, y nadie sabe por qué, cuando solo hay una torre pequeña, chata y ridícula. Sin embargo, para los oriundos —según ellos— es la torre más bonita del mundo. Ese aprecio debe salir del corazón que es, según los entendidos, donde salen los aprecios y los cariños. Eso lo dice el Párroco y que no es el cura del pueblo, sino un vecino que tiene el apodo de "el Párroco". Él se llama Amador, pero le llaman el Párroco porque mueve más las manos que un ventilador en el mes de julio. Sus movimientos eran los mismos que empleaba el cura cada vez que se dirigía a los feligreses o a Dios. Curioso personaje el Párroco, si tuviera de valiente lo que tiene de insidioso. Se podría igualar en valentía al Cid Campeador. Físicamente ya resultaba alérgico. Media 1,65 aproximadamente, más colorado que rubio, regular de carnes, mirada prepotente y andares espatarrado. Tenía una tienda de ultramarinos, por eso era cortés y amable y en muchas ocasiones ocurrente, pero la mayoría de sus paisanos le detestaban por lamer culos y rastrero. Sus ojos eran saltones y acuosos. Esos ojos tan inquietantes se fijaron en una mujer que solía comprar el pan diariamente en la tienda, la Manzanita ese era su apodo. Su nom-

bre era Divi o Divina, mujer de buena talla y anchurosa de caderas, pechos meloneros y culo resultón que movía al andar de manera desacompasada. Nadie sabía si era su manera de andar o movía el trasero para que los hombres la miraran. En cualquier caso resultaba un flash bastante gratificante la visita para comprar en la tienda. Solía ir sobre las diez de la mañana, una hora rara en los pueblos, ya que se compra a partir de las 8 para después dedicarse al arreglo de la casa, cuidar las gallinas, los cerdos. Por cierto, siempre había una sana competencia para conseguir el cerdo más grande en diciembre o enero, cuando se mataban en lo que se llamaba la matanza. Allí se iban corriendo las voces de las arrobas que pesaba cada cerdo. El que más pesaba era un orgullo y una satisfacción que duraba durante un año. Cuando se compra un cerdo pequeño para engordar, nunca se puede saber si puede ser el más grande o el más pequeño. Pasa como con los hombres: los cerdos en cantidad y los hombres en calidad, uno no puede saber si es un cerdo, un cerdito, un cochino o un gran marrano. Para los cerdos, un año; para los hombres hace falta varios años.

Al Párroco, el tendero, se le puede clasificar como cochino. No llegaba a gran marrano cuando la Manzanita se dejaba caer por la tienda porque en ese pueblo no se iba ni se venía; se dejaba uno caer, que quería decir volver a verse otra vez. Cuando la Manzanita se dejaba caer abría la puerta de la tienda de una manera particular. La tienda tenía una puerta de madera liviana, la mitad para arriba de cristales con una persiana por dentro, para que no se viera desde la calle y una campanilla en lo alto que sonaba alegremente al abrir la puerta. Excepto cuando entraba la Manzanita que sonaba como cuando en el Corpus Cristi volteaban las campanas. La Manzanita empujaba la puerta con una fuerza desproporcionada, o mejor dicho, proporcional con su físico, ya que ocupaba toda la puerta y después entraba

de sopetón, entrando también con ella todo el aire caliente del verano.

En aquella ocasión se encontraba en la tienda la tía Pamela, una mujer delgada de corta estatura que solía sonreír siempre con una extraña media sonrisa que en vez de ser agradable dejaba una sensación de malestar. Tenía el pelo color ceniza, ni blanco ni negro, era el color de pelo natural que tenían las personas mayores cuando no existían los tintes modernos que camuflan de alguna manera la edad de las mujeres. Tenía unos 45 años y aparentaba 55. Su piel renegrida y su expresión misteriosa a pesar de su media sonrisa causaba en algunas personas miedo y en otras una especie de pena y precaución. Esto era así porque cuando uno mira a otra persona no solo mira su rostro o su cuerpo, sino que también mira su registro en la vida, su historia, lo que ha pasado, lo que nos han contado. Tanto es así que haciendo un esfuerzo de imaginación, si se le pusiera ese rostro en Teresa de Calcuta diríamos que su aspecto era de una santa. Y también que su pelo color ceniza es producto del sacrificio y el darse a los demás. O su media sonrisa, la sonrisa beatifica de los ángeles y su piel renegrida producto del sacrificio y la abnegación. Los humanos no miramos con imparcialidad, nos falta talla para perdonar.

La tía Pamela no tenía una historia mala, aunque sí era una historia triste. De joven era bien parecida y guapa. Mirándola, costaba trabajo creerlo, pero en aquella época los jóvenes la asediaban. Era risueña, alegre, inteligente, incluso hacendosa. La mayoría de los jóvenes la cortejaban y ella se enamoró de un joven llamado Higinio, de mote Acebuche, rubio con una estatura por encima de la media, más bien alto, forzudo y fanfarrón tirando a la barra. Era uno de los que más lejos la tiraba. La barra solía ser un eje de un carro de un peso superior a los 25 kilos. También era hábil jugando a la chita o el tejo que son dos nombres que conozco de ese juego. La chita era un trozo de madera cilíndrico de

unos 15 centímetros que se ponía de pie en el suelo y en la parte de arriba se ponían las monedas. Los jugadores se ponían a una distancia de unos 25 metros. Se hacían unos tejos de piedra planos que debían tirar de forma que tiraran el cilindro de madera o chita, y todas las monedas que quedaran debajo del tejo o piedra plana eran para el jugador. Personas de todas las edades se ponían a un lado y a otro para ver el juego. Aquello era como ahora el futbol, un juego de fuerza y habilidad.

Higinio el Acebuche solía ganar muchos domingos. Además era un excelente trabajador, pues tenía fuerza y habilidad. Poco antes del trágico suceso hizo cuadrilla para la siega con un joven llamado Genaro, de mote el Paja Larga. Era menos fuerte, pero algunos centímetros más alto, con una especial habilidad para la siega o recolección del trigo. Aquel verano los contrataron en casa del tío Guindalera, cuyo mote le venía por tener una huerta llena de guindos. Al principio todo fue bien, pues ambos eran habilidosos y trabajadores y pronto empezó a hablarse de la cantidad de fanegas de tierra que eran capaces de segar, comparándolos a otras parejas. Cuando se llegó a la conclusión de que eran los mejores, que nadie podía segar tanto ni tan bien, empezó otra apuesta o discusión, pasando la gente a comentar: "¿Cuál de los dos es el mejor? ¿Quién es más habilidoso? ¿Quién es más fuerte, más resistente?". Considerando ese ritmo de trabajo, ¿cuál de ellos caería enfermo o reventado por el esfuerzo? También se discutía sí podrían terminar la época de la siega, aguantando los dos a ese ritmo de trabajo sin caer enfermos o peleándose cualquier día con las hoces hasta matarse en el campo sin ningún testigo que pudiera evitarlo o separarles.

De esta manera, llegó el 25 de julio, Santiago Apóstol, un día de fiesta en toda la recolección de la cosecha. En los campos de Castilla, solo hay dos días de fiesta desde que empieza la recolección en junio hasta que termina en el mes

de septiembre, solo dos días de descanso, ni domingos ni nada. Estos días son el día 25 de julio, Santiago Apóstol, y el 15 de agosto, llamado el día de la Virgen de agosto. Llegado el 25 de julio, el primer día en la recolección de fiesta y descanso, todo el pueblo considera que es el momento de tomarse unos vinos con los amigos. La relajación, la familia, el descanso, darían un punto de equilibrio y sensatez a este desafío personal. Pero en el pueblo no estaban dispuestos a que este desafío quedara en tablas. Ellos necesitaban un vencedor y un vencido. El día 25 de julio por la mañana, los amigos de Higinio Acebuche y Genaro Paja Larga se comportaron como enemigos más que como amigos. Durante el chateo de la mañana se dedicaron a sembrar cizaña, más que aconsejar templanza. Que si Acebuche ha dicho que si dura la siega te enterrara, que si a Paja Larga le sobran reaños para hacer dos cosechas, que si no ha nacido hijo de madre que pueda con él, que si tengo que verle enfermo en cama antes de terminar la siega.

Aquella mañana, cuando se cruzaban en la calle, de una tasca a otra, miradas burlonas, saludos con segundas palabras desafiantes de los amigos, chilindrinas. Cuando coincidían en la misma taberna, algunas voces altas de los amigos que implicaban desafío. Después, por la tarde, había baile en el salón de baile del tío Piquiqui lucero, un hombre pequeño y delgado que estaba siempre enfadado y que pasaba directamente del enfado a la risita, sin que nadie supiera por qué se enfadaba ni por qué se reía. Tampoco se sabía por qué le llamaban el tío Piquiqui lucero. Algunos decían que era porque la música con la que se bailaba se llamaba picu y que en realidad era un toca discos. El apodo de Lucero está más claro por qué se lo pusieron. En realidad era el electricista del pueblo y cuando era de noche bajaba a un transformador y daba las luces de todo el pueblo. Durante el baile el tío Piquiqui se paseaba por el salón vendiendo papeletas para la rifa de un paquete de caramelos.

Se paseaba al compás de la música, entre las parejas y cerca de los bancos donde se sentaban las parejas casadas y las madres de los mozos y de las mozas. Llevaba una gorra de visera negra y un mimbre debajo del brazo ofreciendo las papeletas al mozo, sabiendo que rara vez las despreciaba, sobre todo si bailaba con la moza que le gustaba. Pasaba bailoteando entre las parejas y aquellas que estaban muy apretadas, les decía "aire", pasando la vara entre ellos para que se separaran. Contrariamente, a otras les decía "arrimarse". Nadie sabía cuál era la distancia exacta, según él, para bailar. Expresiones diferentes, según le parecía. Arrugaba la nariz diciendo "a pedo de moza huele los pies", también "se lavan los golondrinos en el nido, no en los sobacos". O a los que tenían el culo muy gordo les decía "el pandero para la música". O a las que tenían mucho pecho, "los cantaros para la fuente". O a los que no llevaban el ritmo, les decía "vamos pisando mierdas" o "los elefantes al circo". La mayoría de las parejas se reían y algunos torcían el gesto. Otras se enfadaban diciendo ala tio asco" y él daba una risotada y seguía bailando al rimo de la música. La gente conocía dos bailes. Por un lado, el vals corrido para los que decían que sabían bailar y se ponían a dar vueltas. Como no sabían parar, paraban cuando topaban con otra pareja que estaban a punto de caerse. Los cuatro se sujetaban de milagro, pero lo seguro era que para guardar el equilibrio se pisaban los pies con saña unos a otros. El otro baile era el pasodoble o el baile de los pingüinos. Todos sabían bailarlo. Se cogían de la mano y de la cintura e iban arrastrando los pies hasta una esquina, daban una vuelta e iban con paso cansino hasta otra esquina. Daban otra vuelta, así hasta que terminaba la música todos contentos y alegres con un extraño y misterioso regocijo.

Sin embargo, debajo de ese superficial regocijo, se estaba tramando o desarrollando un fatídico drama. Empezaron unos rumores que decían que la Pamela, la novia de

Higinio Acebuche, estaba embarazada. En aquella época, una novia embarazada antes del matrimonio suponía el mayor ultraje y la mayor deshonra para ambas familias. Pero lo más grave del asunto es que a Higinio Acebuche le comentaron que quien había levantado ese bulo era Genaro Paja Larga. Como consecuencia de todo esto, en la última hora del baile la cara de Acebuche era un reflejo de su estado de ánimo. Su cara parecía más cuadrada y más inexpresiva que nunca. Era evidente que negros pensamientos rumiaban su alma. La sonrisa de Pamela, siempre alegre y picarona, ahora en cambio era forzada y agria. El baile siempre se terminaba con una jota donde todas las parejas bailaban de manera desaforada. Aprovechando la última pieza, aquel día, de manera inusual, cuando empezó la jota todas las parejas de manera sorprendente y pausadamente se dirigieron hacia la puerta, enfilando calle arriba: unos hacia sus casas y la mayoría camino de la plaza, donde salían barias calles con diferentes direcciones. Higinio Acebuche y su novia Pamela se dirigieron hacia la casa de los padres de ella. Pasando por la plaza en esa dirección, saludaron a sus amigos con un ademan de la mano, rostro serio y agrio. Se perdieron calle adelante.

En la plaza se quedaron varios grupos conversando de manera relajada y, en tono bajo, diferentes conversaciones intrascendentes. Contrariamente a lo que había pasado durante el día, ahora las conversaciones eran suaves y pacíficas, como si un presentimiento que parecía existir pudiera ser conjurado con palabras suaves y carentes de sentido. Hasta el tío Siete Chaquetas contribuyó a la relajación. El tío Siete Chaquetas, cuyo nombre nadie conocía, todo el pueblo le llamaba Siete Chaquetas, era andaluz y muy gracioso. Como era del sur estaba acostumbrado a una temperatura más alta y en el invierno se ponía como mínimo tres chaquetas, una encima de la otra y después de manera sorprendente llevaba los botones de la camisa desabrochaos,